



Aletheia, vol. 16, núm. 31, e236, diciembre 2025 - mayo 2026
ISSN 1853-3701 Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Maestría en Historia y Memoria

“Un paredón enorme, que no existe ni existió nunca, pero que ella en su huida lo vio ahí, y así lo recuerda”. Una lectura de *¿Quién te crees que sos?* a la luz de la diada Historia/Memoria

“A huge wall, which does not exist and never existed, but she saw it there when she was fleeing, and that is how she remembers it”. A reading of *¿Quién te crees que sos?* in light of the History/Memory dyad

“Um muro enorme, que não existe e nunca existiu, mas ela viu ali quando fugia e é assim que ela se lembra”. Uma leitura de *¿Quién te crees que sos?* à luz da diáde História/Memória

Silvana Casali

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

silvana.m.casali@gmail.com

 <http://orcid.org/0000-0001-7882-1501>

Recepción: 22 mayo 2024

Aprobación: 29 julio 2024

Publicación: 1 diciembre 2025

Resumen: A la luz de las tensiones que dan forma al campo de Historia y Memoria, en este artículo proponemos seleccionar y analizar escenas significativas de *¿Quién te crees que sos?*, libro de Ángela Urondo Raboy, autora perteneciente a la generación de hijos/as de militantes asesinados y desaparecidos durante la última dictadura militar argentina (1976-1983). Para esto, será de utilidad introducir los nudos conceptuales más importantes de este vínculo interdisciplinario, de manera de leer esta producción narrativa en relación a las posibilidades de representación del pasado reciente, al lugar de la subjetividad y del testimonio, dimensiones que consideramos sintonizan especialmente con la concepción *benjaminiana* de la historia.

Palabras clave: *¿Quién te crees que sos?*, Ángela Urondo Raboy, Historia, Memoria.

Abstract: In light of the tensions that shape the field of History and Memory, in this article we propose to select and analyze significant scenes from *¿Quién te crees que sos?*, a book by Ángela Urondo Raboy, an author belonging to the generation of children of militants murdered and disappeared during the last Argentine military dictatorship (1976-1983). For this, it will be useful to introduce the most important conceptual nodes of this interdisciplinary link, in order to read this narrative production in relation to the possibilities of representation of the recent past, to the place of subjectivity and testimony, dimensions that we consider to be especially in tune with Benjamin's conception of history.

Keywords: *¿Quién te crees que sos?*, Ángela Urondo Raboy, History, Memory.

Cita sugerida: Casali, S. (2025). “Un paredón enorme, que no existe ni existió nunca, pero que ella en su huida lo vio ahí, y así lo recuerda”. Una lectura de *¿Quién te crees que sos?* a la luz de la diada Historia/Memoria. *Aletheia*, 16(31), e236. <https://doi.org/10.24215/18533701e236>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.



Resumo: À luz das tensões que configuram o campo da História e da Memória, neste artigo propomos selecionar e analisar cenas significativas de *¿Quién te crees que sos?*, livro de Ángela Urondo Raboy, autora pertencente à geração de crianças de militantes assassinados e desaparecidos durante a última ditadura militar argentina (1976-1983). Para isso, será útil apresentar os nós conceituais mais importantes deste vínculo interdisciplinar, a fim de ler esta produção narrativa em relação às possibilidades de representação do passado recente, ao lugar da subjetividade e do testemunho, dimensões que consideramos estar especialmente em sintonia com a concepção de história de Benjamin.

Palavras chave: *¿Quién te crees que sos?*, Ángela Urondo Raboy, História, Memória.

Introducción. Breves apuntes sobre la relación Historia/Memoria

Podemos decir que, desde sus inicios a principios de los 80 con obras como las de Yosef Yerushalmi y Pierre Nora, las discusiones teórico-metodológicas que han dado forma al campo de estudios sobre historia y memoria acuerdan en entender a la primera disciplina como “reconstrucción de lo que fue” y a la segunda como “captación viva de una permanencia” (Sazbón, 2002, p. 35). Mientras la historia intentaría reconstruir y representar un fragmento del pasado, la memoria “es un fenómeno siempre actual”, de particular sensibilidad al presente desde el cual ese pasado es recordado (Nora, 2008, p. 21). De fronteras porosas, esta forma de pensar la relación nos permite diferenciar dos intereses complementarios: por un lado, “comprender cómo sucedieron efectivamente las cosas” y, simultáneamente, “significar la experiencia” (Sorgentini, 2003, p. 123). En ese camino, los recuerdos están inevitablemente atravesados por los interrogantes, deseos y condiciones de posibilidad presentes (Halbwachs, [1968] 2004; Thompson, 1977).

No hay dudas entonces de que historia y memoria comparten intereses y “preocupaciones” (Halbwachs, [1968] 2004, p. 120). Condicionada por el tiempo histórico, la memoria es algo que está en movimiento. En este sentido, la “literatura de hijos”, tal como se conoce a las producciones narrativas de la generación de hijos/as de militantes afectados por el terrorismo de Estado argentino, no escapa a la necesidad de ser leída en tanto fenómeno *histórico*.¹

En el caso elegido para analizar, podemos pensar a *¿Quién te creés que sos?* de Ángela Urondo Raboy como un ejercicio de *memoria colectiva*, en tanto el libro intenta una recuperación del pasado, de “lo que aún queda vivo” (Halbwachs, [1968] 2004, p. 81).

Así, si la *rememoración* es la “administración del pasado en el presente” (Nora, 2008, p. 114), la memoria funcionaría a manera de “filtro” que *tamiza* los recuerdos (Ginzburg, 1999, p. 122), siendo necesario tener presentes las condiciones materiales y simbólicas que constituyen esa clave interpretativa del pasado. Lejos está dicha tamización de resultar armónica. Como podemos observar, la memoria es “un campo de fuerzas en perpetua elaboración y en constante reajuste” y en la heterogeneidad de sus “usos sociales” el elemento que subyace es el de la lucha entre grupos por el sentido que en el presente debe ostentar el pasado (Nora, 2008, p. 194). Así, antes que “dispositivo de almacenamiento”, la memoria “es una fuerza activa y modeladora”; es “dinámica” en tanto “lo que hunde sintomáticamente en el olvido es tan importante como lo que recuerda” y está “históricamente condicionada” (Samuel, 2008, p. 12). Sean pensadas metafóricamente como *lugares* o *teatros*, las memorias siempre están en conflicto.²

Es dentro de estas coordenadas que proponemos leer *¿Quién te crees que sos?*, un caso empírico que ilumina varias aristas de las fuerzas que disputan al interior de este campo: los “diálogos complicados” entre historia y memoria (Portelli, 2014, p. 54), sus potencialidades y limitaciones, los problemas que enfrenta.³ Por un lado, la cuestión del tiempo: la última dictadura militar argentina forma parte de la historia reciente, un campo relativamente joven, en construcción, y un proceso que todavía es conflictivo, que “no termina de pasar”.

En segundo lugar, la voz que enuncia: una hija de dos militantes montoneros que solicita ser leída no (sólo) como hija, sino en tanto víctima directa:⁴ ella también ha sido secuestrada y detenida-desaparecida en la provincia de Mendoza, luego de que asesinaran a su padre, Francisco “Paco” Urondo, y secuestraran a su madre, Alicia Raboy, hasta que su tía paterna y su abuela materna la rescataron de la Casa Cuna. El hecho de que tuviera menos de un año no le ha impedido tener recuerdos de ese momento, elemento que tensiona nociones clásicas del campo –*posmemory*, *segunda generación*– y que trae a escena los debates en torno al alcance testimonial de la experiencia infantil, especialmente sensorial.⁵

Tercero, la narración de un hecho histórico que es reconstruido mayormente a partir de sus consecuencias: los silencios, los vacíos, las *lagunas* (Levi, 1986; Agamben, 2000), los traumas individuales que la narradora siente en el cuerpo y aquellos que también son colectivos, sociales. En este sentido, como veremos, los desacuerdos no son sólo entre grupos (por decirlo rápidamente: la memoria de los militares

frente a la memoria de los militantes y su descendencia), sino también inter-generacionales, en tanto involucra a varias generaciones: sobrevivientes, familiares, Hijos con y sin puntitos, Nietes. A esto se suma que aún quienes dentro de un mismo régimen de historicidad han atravesado una misma experiencia –por ejemplo, la huida del apresamiento militar– pueden experimentar recuerdos diferentes.⁶ En resumen, estamos ante una narración que es tanto testimonio (prueba en los juicios) como literatura.

Quién te crees que sos: documentos, recuerdos, literatura

Editado en 2012 por Capital Intelectual, el libro testimonial *¿Quién te creés que sos?* surgió de dos blogs que llevaba adelante Ángela Urondo Raboy. En uno de ellos compartía sus reflexiones y poesías (*Pedacitos*); en el otro daba a conocer historias de infancias similares a la suya, atravesadas por el terrorismo estatal (*Infancia y Dictadura*). En términos generales, el libro comparte las características de la “narrativa de hijos” (Basile, 2019): la recuperación crítica de la generación de militancia y la puesta en escena de la distancia temporal y simbólica tras la derrota de la revolución –el inicio del paradigma de la memoria (Traverso, 2014)–, la incorrección política que discute la heroicidad de aquella juventud maravillosa, el humor como válvula para sobrellevar el dolor de las ausencias, la denuncia por la continuidad de prácticas estatales dolosas o ilegales.⁷ Como condición política de posibilidad, el período kirchnerista, momento en que, para decirlo con Nora (2008), habría ingresado en “una fase de alta frecuencia conmemorativa” (p. 167), habilitando nuevas formas de recuperar, escuchar y decir ese pasado (y también nuevas críticas, especialmente en los pliegues en que ciertas consignas comenzaron a cristalizarse, el problema de la institucionalización de la memoria que aquí nos excede). Un momento, el kirchnerista, en que el enemigo parecía *haber dejado de triunfar*.⁸

El libro presenta cuatro secciones: 1) Documentos (palabras inapelables), 2) Crónicas (palabras hacia afuera), 3) Conclusiones (palabras interiores) y 4) Correspondencias (palabras nuestras). El primero es, podríamos decir, el más “documental”: comparte el testamento de “Paco” Urondo, cartas, fotografías de la autora con sus padres, la crónica donde Rodolfo Walsh reconstruye la emboscada –aunque, como aclara Ángela, algunos datos resultan inexactos, como la ingesta de la pastilla de cianuro–, pasajes de libros académicos dedicados a los 70, el acta de procedimientos de la D2 de Mendoza, una nota periodística de ese día – “Abatieron en Mendoza a un delincuente subversivo” –, fragmentos de la resolución de la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, partes de testimonios de testigos –uno de los dueños del corralón del que ella y su madre fueron secuestradas, el testimonio del perito forense acerca de la autopsia de su padre, el de su hermano Javier Urondo, conclusiones del juicio y la sentencia–.⁹

Ahora bien, como mencionamos, la memoria colectiva está formada por un conjunto de memorias individuales que configuran parte de un grupo, lo que no significa que todos recuerden lo mismo o de la misma manera: el “punto de vista” varía dependiendo del lugar asumido (Halbwachs, [1968] 2004, p. 50). En ese marco, uno de los aspectos nodales que instituyen el vínculo historia/memoria son “los procesos de conformación y transmisión de ‘recuerdos falsos’, las dificultades cognoscitivas de aproximación, registro y representación de experiencias vividas y recordadas como radicalmente ‘traumáticas’ por los sujetos involucrados en ellas” (Sorgentini, 2003, p. 104). Una de las escenas de *¿Quién te creés que sos?* da cuenta de esto. Sucede del siguiente modo: con motivo de la filmación de *Paco Urondo. La palabra justa* de Daniel Desaloms (2005), la narradora cuenta el momento en que regresa a la esquina de Mendoza en donde el grupo comando interceptó el auto en el que viajaba junto a sus padres y Renée “la Turca” Ahualli, quien pudo escapar. Si bien ambas estuvieron allí hace casi tres décadas –podemos decir que tienen “nociones comunes” (Halbwachs, [1968] 2004, p. 34)¹⁰ aunque Ángela tenía menos de un año–, la narradora registra un desajuste en el testimonio de “la Turca”, una falta de correspondencia entre la materialidad reconstruida por su memoria y la que efectivamente es:

Durante un recreo técnico en la filmación de la peli, nos escapamos juntas a recorrer los fondos de las casas. Fuimos a buscar (y encontrar) el terreno baldío por el que ella logró escapar aquella vez. Lo

curioso es que ella había ido a buscar esa calle muchas otras veces y nunca la había podido encontrar. En su memoria, la calle estaba cortada por un paredón enorme, que no existe ni existió nunca, pero que ella en su huida lo vio ahí, y así lo recuerda... Y quién se lo va a discutir, si lo vio claramente. Ella se da cuenta del engaño de la mente, se sonríe, pero sigue repitiendo que para ella era una calle “sin salida” (Urondo Raboy, 2012, p. 66).

La narración de esta escena condensa la tensión irresoluble entre historia y memoria: el escenario del recuerdo que presenta una sobreviviente de un hecho traumático no se corresponde con el escenario de la realidad, al punto que sólo después de otros intentos es encontrado. Siguiendo a Portelli (2014), es debido al olvido “funcional” que el mecanismo se vuelve interesante: “es precisamente porque ese hecho es recordado de manera ‘equivocada’ que es tanto más recordado” (p. 55). La calle y el paredón que “la Turca” recuerda genera un “plus de sentido”, y es que “al narrar lo vivido, en el mismo acto de hacerlo, ya hay elaboración, actualización” (Oberti, 2009, p. 9), elemento que permite visitar el recuerdo “desde *afuera y a la vez desde adentro de la experiencia*” (p. 10).

Así, este “pasado vivido” (Halbwachs, [1968] 2004, p. 71) habilita a una de las sobrevivientes a revivirlo y modificarlo ligeramente, así como a reconocer esa leve modificación, todo en simultáneo. Y es que no por ser lugar común es menos cierto: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘como verdaderamente ha sido’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro” (Benjamin, 1995, p. 51). Entonces, en la transmisión “hay siempre una interpretación” (Oberti, 2016, p. 66) e inevitablemente el recuerdo trae aparejada la imaginación. Tal como señala Ricoeur:

La amenaza permanente de confusión entre rememoración e imaginación, que resulta de este devenir-imagen del recuerdo, afecta a la ambición de fidelidad en la que se resume la función veritativa de la memoria. Y sin embargo... Y, sin embargo, no tenemos nada mejor que la memoria para garantizar que algo ocurrió antes de que nos formásemos el recuerdo de ello. La propia historiografía –digámoslo ya– no logrará modificar la convicción, continuamente zaherida y continuamente reafirmada, de que el referente último de la memoria sigue siendo el pasado, cualquiera que pueda ser la significación de la “paseidad” del pasado (Ricoeur, 2013, pp. 22-23).

Asumir estas “inconsistencias” entre lo que sucedió y lo que se recuerda que sucedió implica no sólo reconocer zonas indescifrables sino también asumir la productividad de esas lagunas, especialmente en la escritura: “la memoria funciona como un músculo involuntario. No es casual que la literatura esté poblada de *memorias involuntarias*” (Portelli, 2014, p. 42). Algo similar señala José Luis De Diego: “si la Historia –y sobre todo la Historia reciente– tiene una estrecha conexión con la memoria colectiva *voluntaria*, la literatura suele convivir con la memoria colectiva *involuntaria*” (De Diego, 2014, p. 71).

Siguiendo esta clave, otra escena que nos interesa destacar es aquella en que la narradora *recuerda que ha olvidado* a su madre biológica. Sabemos que la memoria “se nutre de recuerdos borrosos, empalmados, globales o flotantes, particulares o simbólicos; es sensible a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones” (Nora, 2008, p. 21), y esto parece demostrarnos Urondo Raboy. Siendo todavía muy niña, en medio de un juego, la prima le pregunta a la narradora por su “verdadera” mamá, lo que produce su recuerdo a la vez que el recuerdo de un olvido: “Y claro que sí, me acordé. Parte de mí sabía todo eso. Quedé petrificada ante el recuerdo, sufriendo por haberla olvidado. Lloré. Lloré mucho, con no más de 3 años y esa honda pena callada en el pecho” (Urondo Raboy, 2012, p. 104). Desde ese momento, la familia evita tocar el tema, pese a lo cual la narradora continuará recordando intermitentemente: “Muchas veces más me acordé y me volví a olvidar” (ídem); “Treinta y pico de años perdiendo, recuperando y volviendo a perder” (p. 264).

Memoria social, espacial y temporal

Al decir de Halbwachs ([1968] 2004), “no hay memoria colectiva que no se desarrolle dentro de un marco espacial” (p. 144). En la segunda parte del libro de Urondo Raboy encontramos de qué manera Mendoza deviene un *lugar de memoria* que le provoca a la narradora “una tormenta de memorias involuntarias, a puro golpe emotivo”, en tanto se trata de una geografía que contiene secretos “como mensajes cifrados, como miguitas de pan en el camino, claves de ese final que todavía no pudimos reconstruir” (Urondo Raboy, 2012, p. 62), y que *traduce en términos espaciales* los sentidos vividos por los miembros de esa comunidad que los resignifica a su vez (Halbwachs, [1968] 2004, pp. 133-134). En este apartado, entonces, podemos observar la dimensión social de la memoria, en tanto el aniversario de aquel suceso de junio de 1976 convoca a la comunidad presente en que Ángela rememora, llevándola a considerar que lo sucedido le pertenece tanto como a ella:

familiares, amigos, conocidos, desconocidos, vecinos y hasta los menos entrenados en materia de recuerdos públicos se van animando a participar... Van haciendo propia la historia, los lugares, la memoria..., cada cual a su forma suma lo suyo. Me alegra, me alivia cada vez que alguien se hace dueño de compartir ese pedacito de Alicia o de Paco... de esa ausencia, que les pertenece tanto como a mí. Ojalá cada cual se movilizara en nombre propio, para encontrarse y ser protagonista de sus propios pedacitos de historia. Involucrándose humanamente, además de ir ‘solamente’ acompañando (Urondo Raboy, 2012, p. 63).¹¹

Ese lugar funciona simbólicamente casi sin necesidad de palabras: “Llegamos como imantados, estacionamos en el punto exacto. Corralón, frente a una farmacia. Fuimos a plantar un árbol” dice la narradora. Lugar al que se le ha conferido, escritura mediante, “un aura simbólica” dotada por la “voluntad de memoria” del grupo (Nora, 2008, p. 33). Su resignificación está asociada a las posibilidades de decir y escuchar en un tiempo específico, de manera de que los vecinos-testigos del operativo que hasta entonces guardaban silencio (¿y es que alguien había preguntado? ¿había una escucha atenta?) hacia los 2000, con la presencia de aquella bebé sobreviviente, comienzan a hablar: “Nuestra presencia les hizo brotar esos recuerdos remotos, escondidos, endurecidos dentro. Ese encuentro fue un gran primer paso para todos nosotros, como individuos y como sociedad, dispuestos a curar antiguas heridas” (Urondo Raboy, 2012, pp. 63-64). Esa memoria también se plasma en un mural, “verdadero ejercicio de la memoria colectiva” (p. 71).¹² En esta socialización de la memoria, en este pasaje de escenas privadas –el recuerdo del olvido de su madre en la casa familiar– hacia memorias públicas, aparece la dimensión más política. En este sentido, la narradora advierte que en un mismo acto de rememoración colectivo algunos agentes tienden a la institucionalización de la memoria a través del “cholulismo”, del “zarpazo por el rédito político”, actitudes que ella rechaza al irse con “la gente, que toca los tambores y empieza a marchar con velas encendidas” (p. 74).

Esta articulación entre memoria privada, memoria pública y lo reconstruido por la historia –y por la justicia, al reabrirse los juicios de lesa humanidad– se refleja, por un lado, en la valoración objetiva y subjetiva que la narradora realiza del testimonio (p. 248).¹³ Por otro lado, aparece en la transformación subjetiva respecto a sus recuerdos a través del tiempo y de todo lo que va descubriendo (pp. 105-106).¹⁴ Como mencionamos, ella fue secuestrada y detenida en el D2 y luego en la Casa Cuna de donde es recuperada. En “Crónicas”, el segundo apartado del libro, describe que luego de averiguar qué les sucedía a otros niños y corroborar con documentos, confirma sus intuiciones acerca de los probables abusos físicos, “ahora sé lo que les hacían ahí a los chicos y no me puedo sentir excepcional”:

Si hasta hace poco no estaba segura de algunas cosas, ahora sí. Desde que vi las fotos del D2, estoy segura de que estuve allí y que pasé al menos una noche ahí adentro, tal vez más. Pudieron ser varios de los veintitrés días incógnitos. Si hasta ahora podía aferrarme a la teoría menos dañina, ya no puedo. Tras leer en los diarios los primeros testimonios del juicio, donde se cuenta en detalle el

maltrato, la maldad con que se ensañaron con las personas secuestradas, la magnitud, la crueldad, la impunidad, la determinación para llevar a cabo esas acciones, no puedo (pp. 92-93).

Así como ese encuentro entre sus recuerdos de niña y los datos extraídos de documentos y testimonios permite iluminar diálogos entre Historia y Memoria, en el apartado “La verdad de la historia” la narradora extiende esa vocación hacia *los de abajo*:

Siento necesidad de hacer una reflexión por toda la gente invisible, sin nombre, dar un recuerdo simbólico para los que perdieron todo, y para los que fueron tragados por la historia, sin que nadie en el presente pueda siquiera significarlos, todos los desaparecidos anónimos, especialmente los niños, los que no sobrevivieron, los que nunca fueron libres, los reasignados y mentidos, los que todavía no se dieron cuenta de que son ellos mismos, parte de esta misma historia, de esa gran mentira, de no ser quien se cree ser (pp. 98-99).

Una suerte de expresión del “postulado thompsoniano” (Sorgentini, 2003, p. 116): la narradora busca “hacer lo imposible para que nadie quede en la nebulosa o el olvido” (Urondo Raboy, 2012, p. 166). Incluida su madre, podemos decir, todavía desaparecida y cuya imagen corre el riesgo de quedar opacada ante la figura del más reconocido “Paco”. Parafraseando a Ginzburg, no es la historia de personajes menores y de abajo sino de recuerdos subjetivos que sólo en apariencia resultan menores.¹⁵ Así, podemos pensar que recordarlos a través de la escritura es una forma de emanciparlos. La literatura, entonces, se presenta como práctica de redención, en el sentido de “rememoración histórica de las víctimas del pasado”, de “reparación” (Lowy, 2002, pp. 56-59). Y así es presentado por la narradora de *¿Quién te creés que sos?*, como un ejercicio de memoria frente a una historia oficial: “Todavía escribo para salir de esa opresión, de esa forma de versionar los hechos a la que fui acostumbrada, obligada” (Urondo Raboy, 2012, p. 180). En ese recorrido, los sin nombre colaboran con la reconstrucción de sus recuerdos y la ayudan a confirmar las intuiciones sensibles que tuvo a los once meses de vida. Frente a esto, la tensión historia/memoria se evidencia en las “mentiritas” de los documentos: que había sido “dada en adopción tras haber sido ‘abandonada’” por su madre, “que ‘nadie sabía quién era mi padre’” (p. 100). Frente a esta falsificación escrita, la narradora pone en valor la historia oral de quienes trabajaron en la Casa Cuna:

A pesar de los años que pasaron, allí todavía se acuerdan. El relato es uniforme. Las empleadas más antiguas dicen que sería imposible no recordar, porque fue notorio y comentado que el mío no podía ser un caso normal de abandono. Lo particular, que me hacía un bebé atípico, diferente de los otros chicos de ese lugar, era que a mí me gustaba jugar y hacer gracias. (Urondo Raboy, 2012, p. 100)

Uno de los últimos aspectos que nos gustaría destacar en la tensión historia/memoria es, a la par de la espacialidad, la cuestión del tiempo o, mejor dicho, de los tiempos de las memorias. Esto puede verse en la transformación de la percepción, por ejemplo, respecto al Estado: “El Estado destructor de la familia. El mismo Estado sustituyente de mi identidad legal, de mi nombre. El Estado democrático, que ahora me repara y me devuelve” (p. 185). Del mismo modo, en el tercer apartado, “Conclusiones”, el devenir temporal aparece como amenaza para la conservación de los recuerdos de esos meses que compartió junto a sus padres biológicos, “ese pedacito de memoria, dudosa, borroneada, inconclusa, que va perdiendo espacio con el tiempo” (p. 193).¹⁶ Pero también representa la promesa de certificar los recuerdos, anudando temporalidad y subjetividad: “Recuerdo ruidos y olores. Algunos lugares los identifiqué, y otros todavía no los encontré, pero sé que existen y los estoy buscando. Puertas, ventanas con formas especiales o en ubicaciones particulares, que quedaron repitiéndose en mi memoria a la hora de los dulces sueños” (pp. 198-199, nuestro énfasis).

Del mismo modo, en su reconstrucción detectivesca –figura característica de la “literatura de hijos”– existe un momento en que sabe que quienes conocieron a su madre tienen información y aun así no apura los testimonios, y otro momento en que el tiempo urge y se vuelve imperioso saber. Respecto a una de las compañeras que trabajó con la madre de la narradora en la guardería de la parroquia en San Cristóbal, si al

verse “ni ella ni yo estábamos listas para ahondar en esta historia y dejamos la puerta de la guardería apenas entreabierta”, una década después eso se transforma, “es casi una urgencia la necesidad de abrirla de par en par” (p. 162).

Palabras finales

En este artículo quisimos leer una de las producciones de la “literatura de hijos” a la luz de las claves interpretativas del campo Historia-Memoria. A partir de aquí, algunas escenas significativas del libro *¿Quién te creés que sos?* nos permitieron iluminar tensiones entre la reconstrucción testimonial, documental y “objetiva” de una parte de nuestra historia reciente y los recuerdos que los distintos agentes, especialmente la generación de los hijos/as, han elaborado sobre ella, atravesados a su vez por el paso del tiempo y las modificaciones del espacio, así como por los ciclos de la memoria, íntima y social.

En ese camino, podemos establecer que la escritura literaria contribuye a la emergencia de “*desvío[s]*” (Lowy, 2001, p. 18), de “desfase[s]” entre el hecho y su reconstrucción (Ginzburg, 1999, p. 11), habilita a revisar el pasado no tal como éste ha sido, sino como los sujetos en el presente recuerdan haberlo experimentado, en tanto aquel “no se comprende fuera de un sentido que es el sentido del presente” (Sorgentini, 2003, p. 108; Oberti, 2009, p. 8). De este modo, es posible considerar que la escritura es un espacio fructífero para nombrar estas experiencias y, en ese mismo camino, evidenciar las tensiones.

Si, como señalamos, el olvido “desarrolla la más radical función creativa” (Portelli, 2014, p. 48), en lugar de resolver el trauma –como nos ha acostumbrado a decir la jerga *psi* en este campo–, la escritura literaria lo muestra. La historia intenta colmar el vacío disciplinariamente, la memoria no puede más que señalarlo, dejarnos “impotentes” frente a él, pero abiertos a “narraciones capaces de facilitar la comprensión” (Calveiro, 2008, p. 54). Es lo que parece demostrarnos poéticamente Ángela Urondo Raboy.

Financiamiento

Esta investigación se produce en el marco de una Beca Interna Doctoral CONICET.

Referencias

- Agamben, G. (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Pre-Textos.
- Basile, T. (2019). *Infancias: la narrativa argentina de HIJOS*. Eduvim.
- Benjamin, W. (1995). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Universidad ARCIS y LOM.
- Calveiro, P. (2008). El testigo narrador. *Los Puentes de la memoria*, 24, 50-55.
- Da Silva Catela, L. (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de familiares de desaparecidos*. Ediciones al Margen.
- De Diego, J. L. (2014). Lo que la literatura no olvida. En P. Flier y D. Lvovich (Coords.), *Los usos del olvido. Recorridos, dimensiones y nuevas preguntas* (pp. 61-76). Prohistoria.
- Ginzburg, C. ([1976] 1999). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Muchnick.
- Halbwachs, M. ([1968] 2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Levi, P. (1986). *Los hundidos y los salvados*. Muchnick.
- Loreti, D. y Lozano, L. (2017). Derechos humanos: de la amnistía encubierta a un modelo de justicia impartida. En A. Pucciarelli y A. Castellani (Coords.), *Los años del kirchnerismo. la disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*. Siglo XXI Editores.
- Löwy, M. (2002). *Walter Benjamin. Aviso de incendio. Una lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia"*. Fondo de Cultura Económica.
- Nora, P. (2008). Pierre Nora en *Les lieux de mémoire*. Ediciones Trilce.
- Oberti, A. (2009). Lo que queda de la violencia política: a propósito de archivos y testimonios. *Temáticas*, Campinas, Brasil, 17(33), 125-148. <https://doi.org/10.20396/tematicas.v17i33/34.12454>
- Oberti, A. (2016). Entre generaciones: militancia y transmisión. En K. Grammatico, M. Marini y W. Wechsler (Comps.), *Historia reciente, género y clase trabajadora: cinco estudios para pensar un problema de investigación* (pp. 63-80). Mercedes María Carvani. <https://publicacioneseconomia.flacso.org.ar/images/pdf/Cincoestudios-interactivo.pdf>
- Perez, M. E. y Capdepón, U. (2023). Memorias, representaciones y debates actuales en torno a las infancias afectadas por el terrorismo de Estado en el Cono Sur. *Clepsidra - Revista Interdisciplinaria De Estudios Sobre Memoria*, 10(20), 8-15. <https://revistas.ides.org.ar/clepsidra/article/view/567>
- Portelli, A. (2014). Las funciones del olvido: escritura, oralidad, tradición. En P. Flier y D. Lvovich (coords.), *Los usos del olvido. Recorridos, dimensiones y nuevas preguntas* (pp. 39-60). Prohistoria.
- Ricoeur, P. (2013). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Samuel, R. (2008). *Teatros de la memoria, vol. I. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Universitat de Valencia.
- Saporosi, L. (2018). *La experiencia del amor en las producciones estéticas de hijos e hijas de militantes detenidos/as desaparecidos/as: La construcción de un archivo afectivo* (Tesis de posgrado). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Memoria Académica. Recuperado de <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1581/te.1581.pdf>
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo Veintiuno.

- Sazbón, J. (2002). Conciencia histórica y memoria. *Prismas. Revista de historia intelectual*, 6(1), 21-43.
- Sorgentini, H. (2003). Reflexión sobre la memoria y autorreflexión de la historia. *Revista Brasileira de Historia* (on line), 23(45). <https://doi.org/10.1590/S0102-01882003000100005>
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra, 1780-1832*. Crítica.
- Traverso, E. (2014). Marxismo y memoria. De la teleología a la melancolía. En P. Flier y D. Lvovich (coords.), *Los usos del olvido. Recorridos, dimensiones y nuevas preguntas* (pp. 25-38). Prohistoria.
- Urondo Raboy, Á. (2012). *¿Quién te crees que sos?* Capital Intelectual.
- Vidal Naquet, P. (1994). *Los asesinos de la memoria*. Siglo XXI.

Notas

1 Pensamos en Thompson (1977), en el hecho de responder a ciertas “relaciones humanas” en un momento determinado como resultado de una “formación social y cultural” (XVI); y también en Ginzburg (1997): así como Menocchio fue producto de la Reforma y la imprenta, este tipo de literatura es posible tras la conformación de H.I.J.O.S., la anulación de las leyes de impunidad y la reapertura de los juicios durante el período político del kirchnerismo (2003-2015), dentro del más amplio “giro subjetivo” (Sarlo, 2005). En relación a este último, aunque no podemos explayarnos, es necesario mencionar el debate suscitado tras la advertencia de Beatriz Sarlo en torno a los problemas derivados de los usos públicos del testimonio. En contraposición, Alejandra Oberti (2016) reivindica su carácter interpretativo, siempre abierto y múltiple en términos discursivos y temporales, mirada que las producciones “de hijos” alimentan al trabajar, actualizar y desplazar críticamente la memoria sobre los 70. Agradecemos la sugerencia del evaluador.

2 De hecho, *territorios de memoria* (Da Silva Catela, 2001) permitiría dar cuenta del carácter conflictivo que acarrearán estos asuntos. También Oberti (2009) se refiere a los relatos testimoniales de la violencia política del pasado reciente argentino como “territorios conflictivos”.

3 Ubicados entre “los límites del propio conocimiento histórico y los aspectos falaces de la memoria” (Sorgentini, 2003, p. 123), el historiador puede olvidar que su escritura “no es neutra ni transparente” (Vidal Naquet, 1994, p. 150) mientras que, quien rememora, olvida lo improbable de la subjetividad (cfr. Sarlo, 2005).

4 Para profundizar en la línea de estudio sobre infancias afectadas ver Perez y Capdepón (2023).

5 Para profundizar en la relación entre corporalidad y memoria afectiva en este mismo texto remitimos a Saporosi (2018).

6 Si los bisabuelos ucranianos maternos de Urondo Raboy murieron en un pogrom y su abuelo sobrevivió escapando hasta Argentina y “nunca habló de su pasado”, conteniendo “todo el dolor, no quería recordar”, la narradora se diferencia: “yo no me voy a quedar en silencio. Silencio es muerte, silencio es maleficio” (Urondo Raboy, 2012, p. 222).

7 Como el crecimiento de la pobreza y las continuidades del aparato ilegal en democracia, como en los casos de Jorge Julio López y Silvia Suppo, “grietas temporales por las que se sigue filtrando el daño del terrorismo de Estado que todavía gotea en la actualidad. El tiempo no aleja la historia, no la borra, no la desaparece: la resignifica” (Urondo Raboy, 2012, p. 265).

8 Para tener una perspectiva de las políticas de memoria del kirchnerismo véase Loreti y Lozano (2017).

9 Debido a su relación extra-matrimonial, “Paco” había sido “despromocionado” por la organización y enviado con su familia a dicha provincia. Tras el rescate de Casa Cuna, Ángela se queda con su abuela materna, pero pronto es adoptada por una prima hermana materna, en una familia que, si bien no le oculta directamente, mantiene en silencio su filiación biológica. Por momentos tiene sensaciones de una vida junto a sus verdaderos padres, por momentos las olvida. En su adolescencia, al pasar en automóvil por la puerta de la ESMA, su madre adoptiva maldice a los militares y Ángela pregunta por qué: la respuesta acerca de que mataron a sus padres le hace dar cuenta del desconocimiento de su historia. “La trama de la historia también se compone de espacios vacíos” (Urondo Raboy, 2012, p. 266). Mayor de edad, inicia el juicio de desadopción, ya que considera que se trató de un trámite legal pero ilegítimo (para un análisis pormenorizado en clave de “infancia apropiada” remitimos a Basile, 2019, p. 194). La otra sobreviviente es Renée “la Turca” Ahualli, compañera de militancia de sus padres que logra escapar por un baldío. Es esa escena sobre la que nos detendremos enseguida la que nos motivó a abordar el libro desde la perspectiva historia/memoria.

10 Al decir de Halbwachs, es a través de ellas que los recuerdos de quienes comparten una sociedad se reconstruyen y reconocen. Respecto a la película, el testimonio de Ángela da cuenta de cómo influyó en esas nociones conocer a su hermano y ver fotografías de su papá para recuperar la imagen de su propio rostro.

11 En ese sentido: “De tanto en tanto, alguien se asoma y me acerca su historia, sus recuerdos, grandes o chiquitos, inevitablemente añejos, pasados por todos los filtros y tamices. Recuerdos olvidados y encontrados. Recuerdos analizados, interpretados, resignificados. Recuerdos encriptados, recuerdos prestados, valiosos como el gesto mismo de venir a sumar miguitas a este rompecabezas, que siempre tiene alguna pieza que no encaja, pero muchísimas que sí” (Urondo Raboy, 2012, p. 241).

12 A raíz de la mención del mural y gracias a uno de los comentarios de los evaluadores, mencionamos la posibilidad de ampliar el estudio de las tensiones historia/memoria hacia otras producciones artísticas de hijos -no sólo literarias- así como hacia el resto de la producción de Urondo Raboy en tanto es también dibujante y performista.

13 “Hay un valor objetivo en dar testimonio. Los testimonios son el sustento de los juicios, inclusive de los fallos, pero también existe un valor subjetivo en el hecho de testimoniar: alivianar la carga de años de relatos contenidos, de detalles hilvanados y guardados en la memoria individual. Portadores de vivencias, tuvimos que cargar durante treinta y pico de años la tragedia a modo personal, privados de un marco jurídico formal que hiciera colectivo el contenido de nuestras historias, para sumarlas, para cruzar información y sacar a la luz todo lo que falta. Al testimoniar ante los jueces, fiscales, ante los mismos delincuentes que se está acusando, se alivia el peso enigmático de lo no resuelto. Testimoniar es dejar de estar solo” (Urondo Raboy, 2012, p. 248). Como se evidencia, la escucha resulta clave (Oberti, 2016).

14 “Recuerdos fragmentados, realidades incompatibles, sueños repetitivos sin aparente fundamento, insignificantes e incongruentes con la historia oficial. Recuerdos dormidos, peleando por despertar. Memoria reiterada. Sueños que asustaban cuando no sabía que ahí se refugiaban los recuerdos más antiguos, los cabos sueltos sin atar” (Urondo Raboy, 2012, pp. 105-106).

15 Individuos en que “pueden escrutarse, como en un microcosmos, las características de todo un estrato social en un determinado período histórico” (Ginzburg, [1976] 1999, p. 9)

16 Debido a la corta edad de la narradora, son recuerdos borrosos que parten exclusivamente de una “*intuición sensible*” (Halbwachs [1968] 2004, p. 37). Uno de ellos es “el destete violento” que provoca “ese olor, ese dolor, ese duelo persiste en los sueños y es memoria corporal manifestándose por cada uno de los poros” (Urondo Raboy, 2012, p. 224).